

Vie
22
Ago
2014

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Santa María Reina (22 de Agosto)

“Amarás al Señor tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 37, 1-14

En aquellos días, la mano del Señor se posó sobre mí.

El Señor me sacó en espíritu y me colocó en medio de un valle todo lleno de huesos. Me hizo dar vueltas y vueltas en torno a ellos: eran muchísimos en el valle y estaban completamente secos.

Me preguntó:

«Hijo de hombre: ¿podrán revivir estos huesos?».

Yo respondí:

«Señor, Dios mío, tú lo sabes».

Él me dijo:

«Pronuncia un oráculo sobre estos huesos y diles: “¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor! Esto dice el Señor Dios a estos huesos: Yo mismo infundiré espíritu sobre vosotros y viviréis. Pondré sobre vosotros los tendones, haré crecer la carne, extenderé sobre ella la piel, os infundiré espíritu y viviréis. Y comprenderéis que yo soy el Señor”».

Yo profeticé como me había ordenado, y mientras hablaba se oyó un estruendo y los huesos se unieron entre sí. Vi sobre ellos los tendones, la carne había crecido y la piel la recubría; pero no tenían espíritu.

Entonces me dijo:

«Conjura al espíritu, conjúralo, hijo de hombre, y di al espíritu: “Esto dice el Señor Dios: ven de los cuatro vientos, espíritu, y sopla sobre estos muertos para que vivan”».

Yo profeticé como me había ordenado; vino sobre ellos el espíritu y revivieron y se pusieron en pie. Era una multitud innumerable.

Y me dijo:

«Hijo de hombre, estos huesos son la entera casa de Israel, que dice: “Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, ha perecido, estamos perdidos”. Por eso profetiza y diles: “Esto dice el Señor Dios: Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y comprenderéis que yo, el Señor, lo digo y lo hago” —oráculo del Señor—».

Salmo de hoy

Sal 106, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9 R/. Dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia.

Que lo confiesen los redimidos por el Señor,
los que él rescató de la mano del enemigo,
los que reunió de todos los países:
oriente y occidente, norte y sur. R/.

Erraban por un desierto solitario,
no encontraban el camino de ciudad habitada;
pasaban hambre y sed,
se les iba agotando la vida. R/.

Pero gritaron al Señor en su angustia,
y los arrancó de la tribulación.
Los guió por un camino derecho,
para que llegaran a una ciudad habitada. R/.

Den gracias al Señor por su misericordia,
por las maravillas que hace con los hombres.
Calmó el ansia de los sedientos,
y a los hambrientos los colmó de bienes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 22, 34-40

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, se reunieron en un lugar y uno de ellos, un doctor de la ley, le

preguntó para ponerlo a prueba:

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?».

Él le dijo:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente».

Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas».

Reflexión del Evangelio de hoy

Recordamos hoy y celebramos a María con otra advocación y título, el de “Reina”. Lo hacemos después de haber celebrado su Asunción a los cielos y como complemento lógico de aquel misterio. Así nos lo recuerda el Concilio último, cuando dice que “la Inmaculada Virgen... al finalizar el curso de su vida terrena, fue asunta al cielo con su cuerpo y su alma y proclamada con gran alegría por el Señor como Reina del universo, pues estuvo plenamente unida a su Hijo”. (LG, 59).

El soporte evangélico sobre el que la liturgia apoya esta memoria de María es la respuesta de Jesús a la pregunta sobre la prioridad e importancia entre los mandamientos. Reflexionamos sobre las palabras de Jesús y sobre su madre, María, en su título de Reina.

Filiación y Fraternidad

La respuesta de Jesús, en su doble modalidad, sigue marcando la doble sensibilidad del hombre y la mujer ante el quehacer más hondamente humano: el amor. Unos ponen el acento en Dios, en el amor a Dios; otros hacen hincapié en la solidaridad humana, y proyectan el amor al prójimo como lo fundamental. Jesús ha tenido en cuenta ambas sensibilidades y las ha unido en forma de mandamientos, que, por otra parte, ya conocían los judíos: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser» (Dt 6,4ss); «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev 19,18). Se trata de practicar y vivir el amor a Dios y el amor a los hermanos.

Jesús no confunde –ni nosotros debemos hacerlo- el amor a Dios con el amor a los hombres. El “mandamiento principal y primero” sigue siendo amar a Dios, buscar su voluntad, escuchar su llamada y secundarla. Pero, no se puede amar “con todo nuestro ser” a Dios, sin amar con todas nuestras fuerzas a los hermanos. Ambos mandamientos son inseparables. San. Juan nos lo dice así: “quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (I Jn 4,20).

Al final habría que llegar a lo que vivió Jesús: tener a Dios por Padre, sentirse hijos –Jesús Hijo con mayúscula-, nosotros de forma distinta pero real. Y, al ser Dios Padre no sólo mío sino de todos, tenerlos a todos por hermanos, hijos todos del mismo Padre. Cuando esto no son sólo frases sino vida, todo, aunque parezca igual, es distinto. Hemos entrado en la órbita de Dios.

Reina y Madre

La fiesta litúrgica fue instituida por Pío XII el 11 de octubre de 1954, al promulgar la Encíclica “Ad coeli Reginam”, al tiempo que coronaba la imagen de la “Virgen Salus Populi Romani” en la Basílica de Santa María la Mayor, en la que él mismo había celebrado su primera misa. Más tarde, Juan Pablo II nos diría: “María es Reina no sólo porque es madre de Dios, sino también porque cooperó en la obra de la redención del género humano. Asunta al cielo, María es asociada al poder de su Hijo y se dedica a la extensión del reino”.

María, Reina, sabía mucho del reino, del “reino de Dios”, de tal forma la obsesión de su Hijo, que no hizo otra cosa a lo largo de su vida que tratar de implantarlo en las almas de cuantos le escuchaban. María lo entendió muy bien cuando Jesús lo comparaba a las cosas más sencillas, porque ella no sólo era sencilla, sino la sencilla entre todas. Comprendió así que el reino –del cual ella sería reina- era como un grano de mostaza, que cuando se siembra es la más pequeña de todas las semillas. Pero que, cuando crece, se convierte en la mayor de todas las hortalizas. Pero, eso, como ella, como María, más tarde, porque si el grano no muere no puede producir fruto alguno. Pero, de alguna forma, lo valioso, lo más grande del reino, lo más grande de la Reina, está ya presente, aunque latente, en lo más pequeño, en lo más escondido, en lo cotidiano, en lo que, aparentemente, no cuenta, en “la esclava, en la sierva del Señor”.

Cuando hace unos días se produjo la abdicación del Rey D. Juan Carlos en su hijo Felipe, pude leer en algunos medios, a propósito de D^a Sofía, cómo en la cultura anglosajona, a la madre del rey o reina se le suele llamar “reina madre”. Sea así hoy María para nosotros “Reina”, por ser madre de Jesús y, como tal, madre nuestra. Nos encomendamos así a María, nuestra madre a modo de “reina”, porque nunca hubo para un buen hijo reina más auténtica que su madre.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Santa María Reina

Dios te salve, Reina y Madre... Reina de los ángeles, Reina de los patriarcas, Reina de los profetas, Reina de los apóstoles, Reina de los mártires, Reina de los que viven su fe, Reina de los que se conservan castos, Reina de todos los santos, Reina concebida sin pecado original, Reina elevada al cielo, Reina del Santísimo Rosario, Reina de la familia, Reina de la paz...

María quiso ser Virgen. Y Dios aceptó su deseo y la enriqueció con la maternidad divina, sin perder la virginidad. María nunca pensó en ser Reina. Pero Dios la colocó por encima de todos los coros celestiales, y los hombres de todos los siglos la aclaman como «Reina y Madre» en la «Salve». Y en la letanía lauretana, el título de Reina es la más reiterada proclamación.

Las letanías de la Virgen dejan de ser invocaciones suplicantes para hacerse en el cielo clamores de triunfo. Madre del Salvador, Virgen Poderosa, Espejo de justicia, Rosa mística... Resuena el Avemaría. ¡Dios te salve, llena de gracia...! El final se ha suprimido para siempre, porque en la gloria ya no hay «pecadores, y «la hora de la muerte» pasó ya.

Dios Padre recibe a su hija. Dios Espíritu Santo acoge a su esposa. Dios Hijo dice: «Ven Madre mía. Niño era, y me alimentabas y vestías... Tuve hambre y me diste de comer. Sed, y la apagaste. Después vinieron treinta años de vida oculta en Nazaret, la vida pública, la Cruz... Para ti, como para mí, no faltaron penalidades para así entrar en la gloria del Padre». [...]

Éxtasis de humildad en apoteosis de triunfo

Ahora se entreabre el cielo... Los desterrados de la tierra perciben a lo lejos la sinfonía suavísima de un rumor que se hace imponente. Enajenada de amor y gratitud a María, la Iglesia peregrina y crucificada se agrega jubilosa al coro de la gloria. Llena de ilusión y esperanza, exclama: «Los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos, en ti confiamos... Muéstranos a Jesús después de este destierro... Ruega por nosotros,»

Cesan los cánticos y la Virgen tararea rebosando gratitud estrofas de su himno predilecto: «Glorifica mi alma al Señor y salta de gozo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso». Es el éxtasis de la humildad en la apoteosis del triunfo.

Después de este destierro, muéstranos a Jesús

Jesús subió al cielo el día de la Ascensión, María es elevada a la gloria en su Asunción. Nosotros entraremos también el día de nuestro triunfo. Pensamos muy poco en esta recompensa eterna. El Evangelio para algunos es un quitalegrías. Acervo de múltiples prohibiciones que hipotecan la libertad.

Muchos más bríos sentiríamos al pensar en la felicidad futura para conformarnos con la voluntad de Dios Padre... Miremos no sólo el camino, sino la meta final. La ruta es pedregosa y empinada, pero el fin es esplendoroso. «Poco durará la batalla, pero el fin es eterno... Allí todo se nos hará poco lo que se ha padecido, o nada en comparación de lo que se goza» (Santa Teresa).

«Canta y camina» (San Agustín). En el cielo está preparado tu trono. La palma está a punto. Un poco de paciencia todavía... Llegaremos al tránsito definitivo como hemos llegado al fin de tal año, que nos parecía tan largo. Salvaremos la última etapa como tantas otras dejadas atrás...

Pasará la gran tribulación de la tierra (cf. Ap 7, 14), Este mundo de dolores y muerte dará paso a un universo nuevo. «Nuevos cielos, nueva tierra» (2P 3, 13), en que Dios «será Todo en todos» (cf. 1Co 15, 28).

Canta mientras caminas, mirando a María... 'Hoy, la Virgen Inmaculada, limpia de todo afecto de tierra, llena de pensamientos de cielo, no volvió a la tierra. Siendo ya un cielo animado aquí, es llevada a los celestiales tabernáculos... ¿Cómo iba a morir aquella de la que nació la Vida para todos? ¿Cómo iba a corromperse el cuerpo que albergó la Vida? Cristo, Verdad y Vida, dijo: Donde yo estoy, allí estará mi servidor. Luego, con mayor razón, la Virgen tenía que estar donde él estuviese" (San Juan Damasceno).

La fiesta de María Reina fue instituida por el papa Pío XII. La reforma del Calendario Romano de Pablo VI decidió que se celebrara, con rango de memoria obligatoria, el 22 de agosto, octava de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos.

Tomás Morales, S. J.